

MIRADAS Y PENSAMIENTOS - 1

# Desde el llano y los secanos

Nº 7



JULIÁN SÁNCHEZ VILLALBA

**Desde el llano y los secanos.**

© Julián Sánchez Villalba

© Fotografía de portada: Julián Sánchez. Verano de 2009.

Arrogante y delicada belleza, aunque al mirar  
a su alrededor solo veamos esterilidad.



*Llanos del Campillo / Patio de la Lanzarote*



M.S.V. Foto: Julián Sánchez. Verano 2009

**M**ira sereno y apacible el labriego. Tras una larga travesía por estos semidesiertos, larga también, y controvertida existencia en el tiempo; posa su mirada en la tierra que pisa y los horizontes hasta donde le alcanza la vista. Por aquí están las tierras que él trabajó; era su feudo, en donde, a pesar de todo, se sentía hombre útil. ¿En qué está pensando ahora, cuando el bien ganado reposo le proporciona cierta placidez, también a pesar de todo?

Extensiones llenas de chepas, lomas esteparias, áridas como siempre lo fueron, en donde bullía la vida, el calor humano. Hoy ya casi nada, impresionante quietud y silencio, casi esterilidad; los justos y fugaces ruidos de la trepidante civilización.

Ruda y fría meseta que se pierde en el horizonte que la vista cansada ya no percibe apenas. A la vez, las reverberaciones del pensamiento recogen para alimento del alma, como si de primicias se tratara, las migajas de las vivencias que quedan, que conforman plenitud, aunque de menguados frutos, que intentan poner paz en esta etapa de la vida ya plena.

Por aquí, desde el advenimiento de los tiempos, no cupo mayor gloria y satisfacción que el pequeño fruto tras el gran sacrificio por la causa. Siempre recogiendo las migajas que aparecían en el camino, y así se fueron haciendo las veredas, luego convertidas en caminos, siempre tras las migajas que nos ponían. Hasta que se cansaron y todos nos fuimos perdiendo por rutas desconocidas, que otros se ocuparon de marcarnos, con migajas también, y a veces migas de pan ácimo ofrecido en nuevas eucaristías que fuimos obligados a escuchar. Y así durante mucho tiempo, mucho, demasiado.

Casi frescos aún como ayer, acuden hoy y se agolpan, como si nada, los amores y desamores; nos traen la mueca de la sonrisa al rostro, y apenas podemos contener la lágrima que pugna por salir.

Aquí, ya casi todo eriales, con entrañas todavía en gracia de fertilidad. Superficies plagadas de abrojos y aliagas que ahogan y matan, protegidas con pasión, sin que se aclare por qué y para qué.

\* \* \*

En tan atribulada contemplación, el labriego formula una pregunta en este monólogo que está llevando consigo mismo. Sabe que nadie le contestará. Sale de sus labios un hilillo de voz y en un balbuceo apenas perceptible, se contesta, ¿para qué pues, aquellos inmensos sacrificios nuestros, por la superación de atrocidades y miserias, si al final, y cuando todo parecía superado, se nos empuja, se nos echa, y todo vuelve a la esterilidad?

\* \* \*

No es tarde, y con simples arañazos, como siempre se hizo, a esta tierra se le puede devolver la dignidad, el esplendor, la lozanía que tuvo. Convertir al menos en manchas verdes lo que hoy presenta la faz del desierto, retazos sedientos cada vez más, en donde antes, como maná largamente implorado y trabajado, aparecía la vida, millones de seres, organismos vivos que tristemente van desapareciendo, desde la base a la cima de la pirámide.

## Cuando miramos

Una mañana calurosísima del mes de agosto, en busca del reconfortante frescor de la perfumada brisa de los pinos que allí se siente, me llevó a pensar detenidamente sobre los múltiples encantos, la felicidad, los gozos, que la vida, representada con tantísima frecuencia en los más insignificantes detalles que te salen al paso, puede significar y deparar, si uno se pone un instante a meditar y si se es capaz de descender con humildad y pequeñez a la realidad en cuanto en ese mismo momento se está contemplando.

Un simple y grueso muñón horquillado del viejo pino que tan bien conozco, que tanto he contemplado, que casi hemos crecido juntos, en cuya sombra desgrano indolente cada año recuerdos, lleva a cuestras, desde que le vino el mal, esa gran excrescencia teosa y púas cortas arracimadas, donde casi desde siempre también, aprovecharon para vivir en ella buen número de habitantes de la fauna autóctona y heterogénea.

La ardilla grácil y pizpireta, hacendosa, dechado de astucia y laboriosidad, reina del lugar por excelencia, fijó allí su residencia. No le importó el límite mismo de su hábitat con los dominios de su civilización, que en el mismo bancal que limita le puso frondosos nogales, secos hoy de pena y ya no hay nada más.

Será por eso, que al secarse allí los nogales de que se abastecía y casi también la civilización que los plantó y creó un lugar exuberante a los sentidos por su belleza, optó por alejarse un poco, dejó la casa donde tantas generaciones alumbró. Cedió paz y tranquilidad a tantos y tantos inquilinos inquietos, osados y figones que allí compartían morada; la lagartija trepadora, la tjereta, el gorgojo y otros congéneres y hasta familias de avispas zumbonas, molestas y feroces.

Y llegó entonces diligente el simpático y prolífico ratón careto. Subía de las profundidades del húmedo roquedal, harto ya de tanto trepar por la pelada roca que sostiene el soberbio musgal, que tantos sustos le die-



ra en días de pertinaz lluvia. Y allí por fin, sin el otro roedor que le inquietara, sentaría sus reales, defendería el nuevo territorio más a salvo de las peligrosas inclemencias temporales y los aventureros visitantes.

Acudimos con curiosidad esta mañana calurosa del mes de agosto. Miramos al grueso montón de púas, resina y pajuz de qué sé yo cuántos tiempos, que conforman ese hábitat tan singular y curioso a caballo del viejo pino que conozco. Seguro que encontramos en sus veteranas entrañas otra vez la vida. Separo con cuidado el suavísimo peluche y aparece a los ojos un encantador espectáculo.

Unos delicados y minúsculos montoncitos, sonrosados, tiernísimos, de una perfección maravillosa, se apiñan y casi forman una sola pelota con el ser que no hará muchos instantes les trajo a la vida.

La felicísima ratona careto, de prominentes y bellas orejas, abre desmesuradamente sus vivísimos ojos y parece implorar clemencia del monstruo gigante que en ese momento le está contemplando. Y se queda absolutamente quieta, inmóvil ante la brutal indefensión.

Tras llamar a mi acompañante para que mire y vea semejante maravilla que allí ha puesto la naturaleza, unidas nuestras manos cubrimos con todo el cariño ese viejísimo aposento de crear vida.

Que la luz cegadora de esa calurosísima mañana del mes de agosto, no altere, no turbe ni un instante más siquiera, la paz que en ese momento allí se está viviendo, que siga la vida.

\* \* \*

La contemplación a diario y en cualquier momento, lugar y situación de la vida, sin ni siquiera salirse del reducido entorno en que se gravita, suele deparar inexorablemente curiosidad instintiva, cuando menos, a la vista y un sin fin de sensaciones en cuyo análisis de cada una gastaríamos mucho tiempo, a la vez que un derroche de imaginación, ingenio cabalístico, que nos conduciría a un mar de conclusiones todo lo curio-

sas y pintorescas como fuésemos capaces de admitir. Esas profundas y confusas imágenes, constituyen con frecuencia laberínticas odiseas del alma y del espíritu, por donde conjuntamente se mueven las más fantásticas aventuras y deseos.

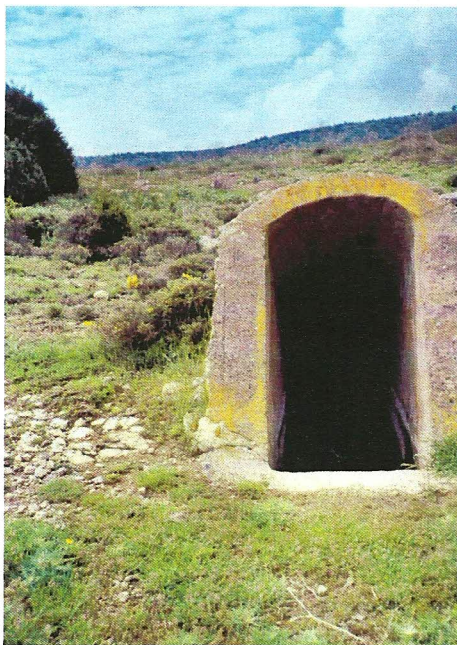
Bien poco cuesta dar alas a nuestra imaginación cuando miramos y constituye un sanísimo ejercicio mental al alcance de cualquiera. Pocos serán capaces, cuando posan su mirada sobre algo, de no dejarse llevar por una sutil imaginación que surge entonces, que todo lo invade y dibuja en lo más adentro de sí mismo y para sí solo y sin concesiones, un cúmulo de grandes fantasías, creándose la idea entre el sujeto o el objeto que se mira, que quién sabe si también en ese mismo momento participa sin que lleguemos a aperecibimos de ello, a que los sentidos definan la imagen que bulle dentro.

Qué piensa el otro cuando te mira, cuando se establece el contacto inmaterial, pausado o velocísimo cual mismo rayo, es difícil imaginar. Y sin embargo no cabe la menor duda en que en todos y cada uno de los encuentros, la mirada transmite lúcida e impecable la idea al cerebro y la imaginación siempre dispuesta plasma el perfecto retrato a su comodidad, distinto tantas y cuantas veces los ojos miren. Y ante la escena siempre viva que contemplamos cuando miramos, siempre queda dibujado en nuestro pensamiento el estereotipo más singular, el ideal del pensamiento más noble y puro, el...

\* \* \*

**S**on testigos vivientes todavía, los que quedan, testimonio de lo que fueron, lo que representaron para los agricultores y ganaderos. Elementos y piezas fundamentales en el desarrollo de un territorio nada fácil de dominar.

Demasiada prisa para el abandono. Indolencia, trabas, precariedad en el cariño a las cosas; intereses contrapuestos, menguado patriotismo de lo propio, menosprecio de algo que tanto costó hacer...



Aljibe de las Esparragueras. Primavera 2004.

¿Y por qué no volver a ellos nuevamente la vista...? No costaría demasiado su mantenimiento, y recuperación de algunos ya en ruina casi total. Digo que bien poco, porque quizás habría que pensar en detraer algo de lo mucho que se gasta para el disfrute y aprovechamiento del territorio en que están enclavados. Cazadores en abundancia hacen uso de aljibes y parideras; entes que se ocupan del senderismo y afines. El propio colectivo de ecologistas, tan activos y celosos del cuidado y vigilancia, para que se cumplan leyes y obligaciones. El propio Medio Ambiente, como amo y señor de las decisiones y el dinero.

Pues miren, no. Esto de ocuparse de la conservación y vigilancia de los equipamientos rurales abandonados, que todavía pueden ser de utilidad, bien poco. Es frecuente topar con ingentes cantidades de suciedad, con la propia marca de quienes la dejaron en el monte, en los lugares de las comilonas y bebilonas y demás jueguecitas y juegazas. Disparates a troche y moche, con señas de identidad y todo. Y no los cogen...

\* \* \*

Estamos hablando de un inmenso territorio sumamente seco, auténticos pedregales, en donde el descomunal trabajo de los abuelos fue capaz de crear riqueza, no mucha claro, pero riqueza para ellos y sus descendientes, valiéndose de estas infraestructuras, lo que también redundó en beneficio para estos montes. Así hoy se puede contemplar una



*Desde el llano y los secanos*

gran red de viejas sendas y caminos indelebles que dejaron para nuestro disfrute y gozo. Esos aljibes y refugios contribuyeron a dar vida, por ellos no se habría extinguido y todavía dan cobijo y alimentos.

Labor de unos pocos construir todo aquello. Hoy sin embargo, entre tantos a quienes compete el mantenimiento y restauración siguen en vergonzosa ruina.

¿Habrán de pasar muchos años, y cuando ya no quede nada, alguien piense que esos restos corresponden a verdaderos monumentos que dieron vida, gastando entonces todo el dinero que sea necesario para recuperarlos...?

Triste consuelo. Por allí se dice, con buen criterio y mejor comprensión: Muerto el burro, cebada al rabo.

Julián Sánchez Villalba

*Desde el llano y los secanos*

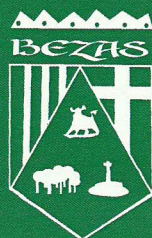


1. Albergue agrícola de Los llanos. Año 1999. Foto: Julián Sánchez.



2. Corral-albergue ganadero, La masada. Año 1999. Foto: Julián Sánchez.





[www.bezas.org](http://www.bezas.org)

 **BEZAS**  
PURO RODENO